La zorra y la cigüeña

Cada tanto la zorra le gastaba una broma a alguno de sus vecinos; ese día le había tocado el turno a la cigüeña. La "víctima" no sospechó nada cuando la zorra la invitó a comer, y por eso le contestó inocentemente:

–Cuando baje el sol –le dijo la zorra con una sonrisa falsa–. Venga con hambre, vecina, que le tendré preparado un plato especial.

A la nochecita, la cigüeña llegó a la casa de la zorra. Desde afuera se olía un delicioso aroma a pescado, que era su comida favorita.

–Pase, pase, póngase cómoda –la invitó la zorra–, que ya está lista la cena.

La cigüeña se sentó a la mesa y la zorra trajo dos platos con caldo humeante. Con la servilleta al cuello, la dueña de casa comenzó a lamer el plato entusiasmada, mientras la cigüeña la miraba confundida. Ella, con su largo pico, era incapaz de tomar la sopa. Por más que lo intentó, no pudo comer nada.

La cigüeña, dándose cuenta de la broma, se levantó ofendida y se fue. En el camino de vuelta, tramó su venganza.

Días más tarde, se encontraron las dos nuevamente. La zorra trató de hacer como que no la veía, por temor a que la cigüeña todavía estuviese enojada. Pero se sorprendió al ver que se dirigía a ella con una sonrisa:

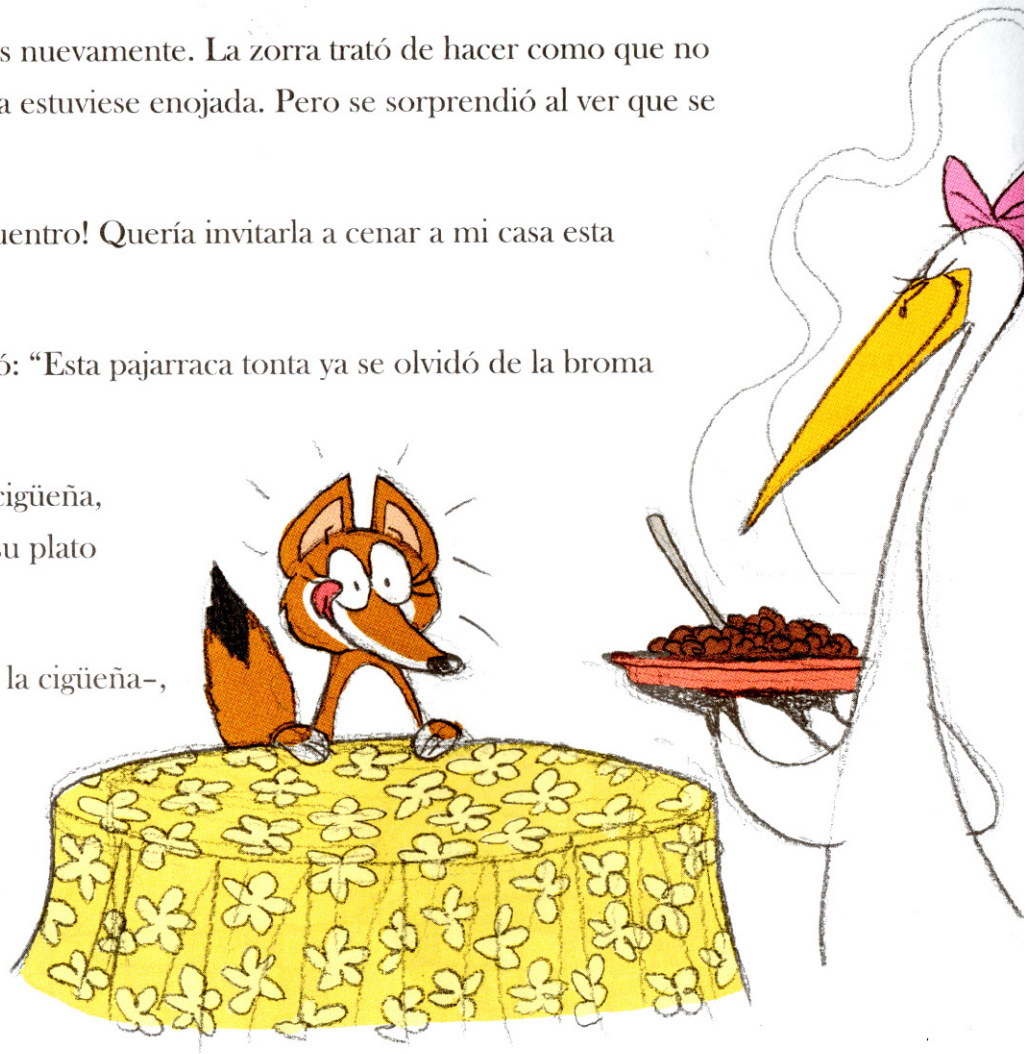
–¡Hola, vecina, qué suerte que la encuentro! Quería invitarla a cenar a mi casa esta noche, ¿podrá venir?

–¡Por supuesto! –dijo la zorra, y pensó: "Esta pajarraca tonta ya se olvidó de la broma del otro día".

Horas después, frente a la casa de la cigüeña, la zorra olió el aroma de la carne asada, su plato predilecto.

–Adelante, adelante –la invitó a pasar la cigüeña–, que en un minuto sirvo la comida.

La dueña de casa fue hasta la cocina y regresó con una fuente con pequeños pedacitos de carne y un cucharón.



–Mmm... ¡qué bien huele esto! –exclamó la zorra, anudándose la servilleta al cuello.

–Es carne con... ¡ah, qué tonta! –se interrumpió la cigüeña–, me olvidé de algo... –y sacó del armario unos vasos largos y altos, como floreros, que puso sobre la mesa.

Mientras la zorra miraba sin entender, la cigüeña fue llenando los vasos con la carne, usando el cucharón. Luego, metió el largo pico dentro de su vaso y empezó a comer pedacito por pedacito.

La zorra, por más que estiró la lengua adentro de su vaso, no pudo alcanzar ni un bocado.

La zorra, furiosa, no le contestó. Se levantó de la mesa, abrió la puerta y se alejó, mientras escuchaba las carcajadas de la cigüeña.